

XIV.

Las nieblas de Londres.

Al huir Genoveva cogida del brazo de Patrick, experimentó una impresión extraña, compuesta de terror y de voluptuosidad, como si hubiera sentido la sensación de libertad del prisionero á quien se facilita la fuga.

Se ahogaba en el triste alojamiento del viejo Bob, y sentía sed de respirar aires más puros.

Por otra parte, los sabuesos enviados por Cecilia Hervier estaban allí.

—¡Huyamos, huyamos bien lejos!—decía á Patrick, apretándose contra el pecho del joven, que se sentía embriagado con esta presión deliciosa.

Y emprendieron la marcha al azar, recorriendo callejas y pasajes estrechos, desiertas unas, y poblados de siniestras sombras los otros, encontrando gran dificultad Patrick para poder dirigirse á través de aquella niebla espesa, pesada y penetrante, que permitía apenas distinguir las linternas de los asilos. Aquellas linternas parecían estrellas luminosas, y servían para guiar á los extraviados ó errantes hacia un lecho de miseria.

Patrick se abandonó desde luego á la dulce voluptuosidad de recorrer las calles, sintiendo el bra-

zo de Genoveva pesar dulcemente sobre el suyo, no pensando más que en alejarse del Campo de la Puerta Azul.

Pronto notó que la pobre niña temblaba, y oyó que le decía en voz baja:

—¡Escuchad, Patrick; alguien nos sigue!

Entonces se pararon anhelantes.

Genoveva se había engañado. Era algún retrasado que se dirigía á su albergue, ó algún borracho que chocaba en la obscuridad contra los muros.

—Síguenos,—dijo Patrick

Es una villa dentro de otra villa el barrio de White-Chapel en Londres. Sin salir de él, el que se extravía puede andar errante durante largas horas.

Patrick marchaba sin saber adónde conducir á Genoveva. No pocos irlandeses, cantores como él, habitaban aquellas inmundas callejas. ¿Pero debía llamar á sus puertas, y dar á la *Francesa* el espectáculo de tanta degradación como allí se ocultaba? Tal vez alguna mujer medio desnuda hubiera abierto á la joven, y ésta hubiera retrocedido horrorizada.

Patrick observó que el paso de Genoveva, poco antes rápido, excitada sin duda por el miedo, se hacía por momentos lento y penoso.

—¿Estáis fatigada, Genoveva?—le preguntó.

—No (respondió con voz débil). ¡Síguenos!

Patrick no dudaba del valor de la pobre niña; pero empezaba á dudar de sus fuerzas.

¿Podía condenarla á pasar una noche entera, expuesta á aquella niebla húmeda, que por momentos se hacía más espesa y helada?

De repente, experimentó un sufrimiento horrible oyéndola toser, y dejó escapar una exclamación

de angustia y de cólera, como si aquella tos hubiera desgarrado su propio pecho.

—¡Dios mío! ¿Tenéis frío, Genoveva?—le preguntó.

Y cogiendo sus manos, notó que estaban ardiendo.

—No: al contrario (dijo). ¡Tengo calor!

—¡Tiene fiebre!—pensó el irlandés.

Entonces Patrick tuvo miedo de que aquella fuga durante la noche pudiese causar á Genoveva la muerte.

Era espantosa aquella niebla lúgubre, que caía como un manto helado, que se aspiraba como una emanación pútrida, y penetraba en la garganta, contrayéndola como el lazo de un estrangulador.

Patrick había oído hablar con frecuencia de esos legendarios estranguladores que se precipitan sobre los transeuntes en las calles de Londres, introduciendo un nudo en la boca de sus víctimas. No les temía, ó, más bien, temía á uno solo, y de éste sentía en aquel momento la especie de mano húmeda caer sobre los hombros mojados de Genoveva. Este estrangulador siniestro y temible era la niebla.

Un nuevo acceso de tos, más desgarrador que el primero, hizo á Patrick estremecerse, produciéndole escalofríos.

—¡Vamos á buscar un asilo! ¡Un asilo cualquiera!

Y variando de dirección, atravesaron el Támesis por un estrecho puente, alumbrado por un farol lúgubre que reflejaba su escasa luz sobre las negras aguas del río, dirigiéndose hacia uno de esos *commons lodgings* (alojamientos comunes), donde la

pobreza, el vicio, la miseria, la degradación y la desgracia, todas las plagas y todas las vergüenzas, se reunen para pedir al sueño algunas horas de descanso.

—¿Dónde me conducís?—dijo Genoveva, viendo que Patrick se paraba delante de una casa de aspecto siniestro, cuya puerta entreabierta permitía ver en el interior algo como una cueva roja donde se agitaban algunas sombras.

—¡Ahí! (respondió Patrick.) ¡En esa casa hallaremos un lecho, fuego, y abrigo contra esta niebla que mata!

—¿Queréis que entre ahí?—dijo Genoveva, mirando el interior de aquella pocilga, y retrocediendo instintivamente asustada.

—¡Oh! (dijo el irlandés.) No vaciléis, Genoveva. Esta noche es mortal. ¡Entremos, entremos!

Empujó bruscamente la puerta, y una bocanada de aire cálido y pestilente chocó en el rostro de los dos jóvenes.

En una sala, y asemejando á un rancho de salvajes, se hallaban amontonados multitud de hombres, alrededor de un gran fuego de cock, sosteniendo al extremo de sus cuchillos trozos de carne que pretendían asar.

Estas viandas las habían traído de fuera. El patrón no da á sus huéspedes más que una cama y un puesto al lado del fuego.

La cama y el fuego cuestan, por una noche, desde las diez á las diez de la mañana, tres ó cuatro dineros (veinte céntimos), según el lujo del *common lodging*, y cincuenta céntimos si el establecimiento es de los más ricos.

En el dintel de la puerta, Genoveva y Patrick

fueron detenidos por la voz del patrón, que les dijo:

—¿Qué deseáis?

—Un abrigo contra la noche,—respondió Patrick.

—Entonces no es aquí donde debéis deteneros, ¡corderos míos! No se admiten mujeres en la *Reina de Inglaterra*.

Este era el nombre del establecimiento.

—¡Ah!—dijo Patrick.

—¡Es lástima! (dijo una voz desde el fondo de la sala.) ¡La pequeña es bonita!

—¡Dejadla entrar, Bloomfield! (dijo otro.) ¡Esa niña no comunicará la peste á tu palacio!

—Y nadie la comerá,—añadió un tercero.

Genoveva se puso encendida al oír aquellas palabras, y Patrick palideció.

—No, no (respondió el posadero). Conozco los reglamentos de policía. Después me buscarán camorra en la sección de Scotland-Yard. ¡Nada de mujeres aquí! ¡Jamás! ¡Podéis ir al *Príncipe de Gales*, tortolitos! ¡Está amueblado como Windsor! ¡Buenas noches!—dijo, cerrando bruscamente la puerta, cuyo dintel habían abandonado instintivamente Patrick y Genoveva.

Los dos jóvenes se hallaron expuestos de nuevo á los besos helados de la niebla, y Patrick sintió que la marcha de Genoveva era cada vez más penosa, porque al cansancio se unía la rigidez del frío.

—¡Valor! ¡Valor! (le dijo en tono suplicante.) El *Príncipe de Gales* de que ha hablado ese hombre, no está lejos.... ¡Allí estaréis en seguridad, Genoveva!

—¿En seguridad? ¿Adonde vamos no habrá

seres parecidos á esos cuyos rostros se han vuelto hacia nosotros? ¡Es espantoso, Patrick! (Luego añadió, hablando consigo misma): ¡Pero menos espantoso que el alojamiento de Soho, donde me esperaba la deshonra!

Genoveva experimentaba, sin embargo, una ansiedad horrible. Helada por la humedad de la niebla, fatigada, sentía punzante el deseo, la necesidad de extender sus miembros, de cerrar los ojos y de entregarse al reposo, aunque sólo fuese por algunos minutos. Pero la idea de que ese reposo iba á encontrarlo en uno de aquellos alojamientos, en medio de seres feroces, de manos manchadas de sangre acaso, esa idea le causaba horror.

La fatiga era, no obstante, tan grande, que se sobreponía á su horror. Delante de la puerta del alojamiento del *Príncipe de Gales*, Genoveva dijo á Patrick:

—¡Entremos!

Este antro, llamado alojamiento, que poco antes el propietario de la *Reina de Inglaterra* comparó irónicamente con el palacio de Windsor, tenía una apariencia tan pavorosa como el otro en que Patrick y Genoveva no habían podido penetrar. La diferencia entre estos infiernos es siempre de poca importancia. Acaso el *Príncipe de Gales* era más grande; pero, en cambio, también costaba más caro.

Colocado el patrón en el dintel de la puerta, como la araña en el borde de su tela, detuvo á Patrick, y le dijo:

—Pagad.

El joven le entregó dos ó tres dineros, que sacó de su bolsillo.

—Por siete dineros (treinta y cinco céntimos) tendréis una habitación sola para los dos.

—¿Una habitación?—dijo Patrick.

—¡Oh, pardiez; no tan larga como la Galería nacional; pero bastante grande para colocar una cama!

Y al hablar así, aquel hombre gordo, alegre, panzudo, musculoso y horrible, tomaba un aire amable y picaresco.

Genoveva, que no había comprendido las últimas frases, adivinó, sin embargo, que en la alegría de aquel hombre gordo había algo de vil y de bajo, y miró á Patrick como pidiéndole protección.

—¡Una habitación para que la ocupe sola esta joven!—contestó Patrick.

—¿Y vos?—preguntó Genoveva.

—¿Yo? (dijo el joven.) ¡Yo permaneceré aquí al lado del fuego!

Y mostró el hogar en que ardía cerca del cual, como en la *Reina de Inglaterra*, los huéspedes cocían sus alimentos: huesos roídos y pedazos de carne.

El patrón presentó á Genoveva el cabo de vela grasiento que debía alumbrarla hasta su habitación, y la precedió, guiándola por una estrecha escalera de madera, que Genoveva subió temblando y volviendo los ojos á Patrick. Éste le repitió con el gesto:

—¡Valor!

En el primer piso, Genoveva vió una doble fila de camas sucias, en las cuales, sobre jergones aplastados, se hallaban acostadas muchas mujeres, cuyos sombreros deformados estaban colocados á los pies.

Aquellos seres humanos, tendidos en la penum-

bra siniestra de aquella galería mal alumbrada, parecían cadáveres.

—¿Es aquí dónde pretendéis que yo descanse?

—preguntó la *Francesa*.

El patrón empujó la pequeña puerta de una especie de jaula formada con tablas á guisa de tambor, en un rincón del dormitorio, y dijo:

—¡Aquí es!

Después colocó el cabo de vela sobre un pedazo de palastro clavado á la cabecera de una cama, que ocupaba casi toda la superficie de aquella jaula, y dijo:

—¡Buenas noches!

Y desapareció por la estrecha escalera.

Genoveva, al verse sola, empezó á temblar, y tuvo intención de llamar de nuevo al patrón.

La puerta de esta extraña habitación no podía cerrarse. Ni ajustaba en el marco, ni tenía cerradura. El horrible y sucio lecho, con su cobertor de lana oscura, estaba aplastado, y una inscripción en gruesas letras marcaba aquellos paños ruines, como el hierro infamante hecho ascua marca el hombro de un presidiario.

Genoveva se inclinó para descifrar la inscripción, y retrocedió aterrada.

Aquellos paños llevaban (precaución necesaria, teniendo en cuenta la clase de huéspedes que frecuentaban el *Príncipe de Gales*) estas palabras siniestras, que en otro tiempo habían hecho estremecer á Katchar en uno de aquellos refugios: «*No compréis esto, que es robado.*»

¡*Robado!* ¡Genoveva estaba, pues, rodeada de ladrones, perdida, amenazada! ¡Qué terror! Sus ojos interrogaban, á través de las aberturas de las

tablas, el dormitorio donde estaban las mujeres.

Nada veía, ni oía, más que las respiraciones fuertes y los ronquidos de la fatiga y de la orgía.

Tuvo miedo. ¡Si de repente aquellas mujeres acostadas allí se levantasen amenazadoras, llegasen hasta ella, la insultasen, la golpeasen ó la estrangularan!

Ya le parecía sentir que manos feroces la cogían por la garganta, y que de aquellos miserables camastros se dirigían sobre ella miradas llenas de encono.

Oyó también un ruido siniestro, que partía de una de aquellas camas lúgubres, parecido al estertor de la agonía.

¡Qué espanto! ¿Es que en aquel momento estaba allí muriendo una mujer?

Y Genoveva lanzó una pavorosa mirada á aquel agujero, á aquella celda estrecha como una tumba, que el dueño llamaba *habitación*, y en la cual era preciso pasar la noche.

¡Una noche allí! ¡Una noche! ¡Una noche entera! ¡jamás!

—¡Esto parece una tumba! — dijo Genoveva, temblando y mirando las paredes de madera.

¡Una tumba! Y esta idea hizo agolpar á su cabeza toda su sangre. Una terrible alucinación se apoderó de la pobre niña. Se vió, á la luz de aquella vela, cuyo sebo caía sobre el cobertor en menudas gotas grasas, se vió acostada en aquella cama, cama de casualidad, *cama robada*, donde alguna perdida, algún miserable, algún asesino quizás habría dormido la víspera, y se vió allí pálida, muerta, lanzando su último suspiro á aquel techo de que pendían no pocas telas de araña.

Entonces, despavorida, saltó fuera de aquella caja cuyas paredes le habían parecido las tablas de un ataúd, y se precipitó hacia la escalera sin luz, lanzando gritos, que hicieron gruñir sobre sus colchones á las mujeres que se habían despertado, repitiendo desatinada:

—¡Patrick! ¡Patrick! ¡Patrick!

Patrick oyó aquella voz. Estaba sentado sobre un escabel, con la cabeza apoyada contra el muro, y miraba maquinalmente á un rincón del tabuco en que varios chinos jugaban una partida con monedas redondas, que tenían en el centro una abertura en forma de cruz.

Al reconocer la voz de Genoveva, corrió hacia la escalera, que bajaba vertiginosamente la joven, con riesgo de romperse el cráneo.

El irlandés la recibió en sus brazos.

—¿Qué hay? ¿Qué ha ocurrido?—dijo con angustia Patrick, cuyos ojos centelleaban.

—¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! ¡Marchemos de aquí! ¡Allá arriba..., las mujeres!

—¿Qué os han dicho, qué os han hecho, Genoveva?

—Nada.... Yo no sé.... ¡Pero tengo miedo!.... ¡Ah! ¡La lluvia, el frío, todo, Patrick, pero lejos de este infierno! ¡Tengo miedo..., tengo miedo!....

Y arrastró á Patrick hacia la puerta, mientras que los huéspedes del *Príncipe de Gales* cambiaban entre sí miradas burlonas.

—¡Es difícil de contentar la pequeña!—dijo uno.

—Demasiado difícil,—dijo otro.

—¡Un palacio para esta reina!—murmuró un tercero.

—¡Muchacho! ¡Trae cojines, terciopelos! ¡Un sofá para la princesa!

—¡Buen viaje, milady!

—¡No olvides á tu amante, bella rubia!

Genoveva pasó bajo aquellas miradas burlonas, y oyó las palabras insolentes de aquellos perdidos. Patrick se sentía dispuesto á pedirles cuenta de sus injurias; pero esto hubiera expuesto á la pobre niña á insultos más graves. Franqueó, pues, la puerta bajo una lluvia de pullas, dicharachos y carcajadas, mientras el propietario del *Príncipe de Gales* se encogía de hombros en signo de piedad, al ver alejarse tan extraños clientes.

Una vez en la calle, Genoveva recobró bien pronto su serenidad. La especie de alucinación medrosa que la había dominado se disipó brusca mente.

—¡Oh, qué horrible desvarío! (dijo.) ¡Y no estaba dormida!....

—Temía que os hubieran acometido,—dijo Patrick.

—¡Oh, no! He obrado quizás como una loca. Esas desgraciadas que dormían rendidas, no intentaban hacerme daño. ¡Pero era tan horroroso aquel tabuco!.... Y, sin embargo....

—¿Qué?—dijo Patrick, queriendo adivinar las palabras de la joven.

—Sin embargo (repitió Genoveva con dulzura), no tengo ya fuerzas para seguir andando. ¡Me creía más fuerte, pero ahora me convenzo de que no puedo más!

—Pues es preciso andar...., andar aún, Genoveva. No podemos permanecer en medio de la calle. Esta niebla hiela los huesos.

—¿Dónde queréis ir?

—No lo sé.... ¡Iremos á otro asilo!.... ¡Permanecer aquí es imposible! Vuestros vestidos están húmedos.... La niebla ha traspasado el chal de la pobre *Gramma*.... ¡Es preciso seguir andando....; os lo suplico, Genoveva...., os lo ruego!

Y al estrecharla entre sus brazos, notaba, con un terror creciente, que el delicado cuerpo de la pobre niña se doblaba como un junco sin apoyo, y al tocar sus manos las encontraba abrasadas por la fiebre que la devoraba.

Patrick maldecía entonces aquella huida insensata á través de aquel Londres helado y sombrío, y dirigía al cielo miradas llenas de angustia, rogándole que la aurora apareciera pronto.

Pero la noche, aquella noche sin piedad, sería larga todavía, y no era posible esperar á que llegase el día, sin exponer á Genoveva á una muerte casi segura.

Patrick llegó á desear que aquellos que buscaban á la pobre niña la encontrasen. Así, al menos, podría tener un abrigo.

—¡Sí (se decía); pero entonces yo no la veré más!....

Y esta idea le producía el mismo efecto que una puñalada en el corazón. Estaba, pues, resuelto á todo para impedir que esto sucediese.

—Patrick (le dijo Genoveva de repente); si nos parásemos un momento bajo una puerta, ó en el rincón de una calleja...., apoyaría mi cabeza en vuestro hombro, y acaso podría dormir. ¡Oh! ¡Dormir!.... (dijo con voz suplicante.) ¡Cuánto bien me harían unos momentos de sueño!

—¿Sufrís, Genoveva?—le preguntó el joven.

—Mis párpados se cierran; estoy rendida.

—¡Siempre esa fiebre maldita!—pensaba el irlandés.

Vió entonces en la sombra un portal, perteneciente sin duda á una cervecería, pues había en él un gran tonel medio deshecho. Se adelantó, y á tientas encontró en el cancel de la puerta un guardarruedas de piedra. El guardarruedas podía servir de asiento, y el tonel era casi un abrigo contra la niebla. Patrick condujo á Genoveva hasta allí, y la pobre niña se dejó caer sobre aquella piedra, con el ansia del ser agobiado de cansancio que halla al fin donde reposar.

—¡Oh! (dijo.) ¡Qué bien se está aquí!... ¡Si pudiese dormir algunos momentos!

—¡Dormir aquí!... (dijo Patrick.) ¿No creéis que eso puede seros funesto?

Genoveva empezó de nuevo á toser.

—Ved (dijo él); ¡la estancia aquí, puede ser la muerte para vos!

—¿Y qué me importa la muerte, Donegan? Ya la he visto de cerca una vez..., y si he sido cobarde..., si he retrocedido delante de ella, es porque entonces me pareció horrible... una muerte solitaria, en ese agua inmunda que hemos atravesado hace poco.... Pero ahora, morir al lado vuestro, animada por vos, que cuidaríais de mi cadáver... Morir así, escuchándoos... ¡Creedme, Patrick; morir así, no me parece ni doloroso ni triste!

—¿Morir? (dijo Patrick.) ¿Habláis de morir, Genoveva, vos que no habéis cumplido veinte años, cuando sois la bondad misma, cuando vuestra presencia consuela á uno si está triste, y le vuelve animoso y fuerte si está desalentado?... ¿No conocéis que hay quien daría su vida por vos, quien os

ama más que á su patria y más que á su madre?... ¡Oh! ¡No digáis que deseáis morir! ¡Es lo mismo que si dijerais que deseáis matar á aquellos que os aman!

—¿Mataros á vos, Patrick?

—¡Ah! ¿Creéis que no os amo con todas mis fuerzas, con toda mi alma? ¿No lo habéis adivinado? ¿No habéis comprendido que todo lo que hay en mí de bueno y noble os pertenece? ¿Pensáis que las canciones que canto, mis antiguas canciones de Irlanda, no las canto por vos? ¡Son tristes como yo y bellas como vos, Genoveva, y la *Ultima rosa de Estío* fué hecha para vos, que sois bella como la primera rosa de primavera! ¡Ah! ¡cuando canto esas canciones, me parece que soy yo el que las inventa, porque vos me habéis dicho: «Cantad, amigo Patrick!» ¡Vuestro amigo!... ¡Oh, sí, Genoveva; tenéis razón en llamarme vuestro amigo!... Pero voy á decíroslo, ahora que estamos solos, que nadie puede oírnos, que vos no podéis ver mis lágrimas: soy más que un amigo, Genoveva; ¡soy quien os ama con su alma entera! ¡Os amo, os amo! ¿Lo entendéis? ¡Os amo! ¡Y si en este momento queréis morir, yo quiero también morir con vos!

Como poco antes, la pobre Genoveva creía soñar; pero ahora no era presa de una pesadilla atroz que la oprimía el pecho; sentía el perfume de un aliento cariñoso que refrescaba su frente.

Genoveva hubiera contestado al pobre cantor: «¿Y qué más?» Lo que había oído la embriagaba. Sonreía, oprimía las manos de Patrick, y se dejaba acariciar por aquella voz que salía de la obscuridad.

—¿No os incomodáis conmigo, Genoveva? (continuó.) ¡Ah! ¡No hay noche estrellada en Killarney, al borde del lago, que valga lo que esta noche de niebla fría, lejos de todos, y tan cerca de tu corazón, Genoveva!

—¡Hablad, hablad! (respondió la joven.) ¡Ah! ¡ahora, Patrick, ahora.... no quiero ya morir!

Genoveva se deslizó dulcemente, y acercando su cabeza al hombro del joven, le dijo al oído, con voz conmovida y dulce como un suspiro:

—Y yo, Patrick, yo...., ¡yo también te amo!

Después permaneció inmóvil y silenciosa, en tanto que Patrick Donegan lloraba, con el corazón henchido de felicidad.

Había algo de conmovedor y punzante en aquellas protestas de amor hechas por labios poco antes comprimidos por la desesperación; en aquella confesión honrada y leal que se había escapado de la boca de Patrick, en noche tan horrible, en aquel ángulo sombrío y helado de una calleja desierta. Por eso, en la inmensa ciudad de Londres, en ese gigantesco montón de piedras, en esa inmensa masa humana dormida, no había quizá dos seres tan dichosos, tan casta y tiernamente dichosos, como aquellas dos criaturas ignoradas, fugitivas, perdidas entre la niebla fría y la obscuridad más abrumadora.

El día estaba lejos todavía. La niebla era cada vez más espesa y fría.

Genoveva empezó á tiritar. Después de tan bella excursión en los espacios de lo ideal, la realidad, la siniestra realidad, recobraba sus derechos.

Patrick sintió de nuevo la abrasada mano de la joven temblar entre las suyas.

Un estremecimiento convulsivo la sacudió de la cabeza á los pies, y el irlandés, que momentos antes sentía el alma dilatada de felicidad, experimentó de nuevo una angustia y un terror indecibles.

¡Genoveva se hallaba tan débil!

Patrick acercaba su rostro al rostro de la joven, y la examinaba con ansiedad. Sus ojos, acostumbrados á la obscuridad, distinguían entonces la dulce expresión de aquel rostro infantil.

Genoveva sonreía, por un esfuerzo sublime; pero sus dientes castañeteaban, y aquel ruido impresionaba dolorosamente á Patrick.

Era, pues, peligroso permanecer allí inmóviles.

—Genoveva (dijo el irlandés, con tono suplicante): todavía tengo que pedirte un nuevo esfuerzo, uno solo; te lo suplico.... Marchémonos de aquí.

—¡Siempre adelante! (respondió en tono de queja la desgraciada.) ¡He agotado mis fuerzas! Además, ¿dónde iremos? ¿Á uno de esos alojamientos? ¡Jamás!

—No (dijo Patrick); no es ahí donde quiero conducirte; pero no puedes permanecer aquí.... ¡Eso causaría tu muerte!

—¿Y por qué no morir ahora?—dijo con voz dulce Genoveva, volviendo á su triste desvarío.

Patrick la levantó resueltamente para arrancarla, no solamente del ángulo en que se hallaba acurrucada, sino del pensamiento doloroso que la había invadido de nuevo.

—Vamos (dijo Patrick con autoridad, resuelto á salvarla). ¡Vamos; venid, Genoveva!

—¿Adónde?

—¡Al *Work-House*!

Aquel nombre la hizo temblar instintivamente.

—¿Qué es eso de *Work-house*?—preguntó.

—¡El asilo de los que nada tienen, y no quieren, sin embargo, morir en la calle!

—¿Son gentes tan repugnantes como las que hemos visto?

—¡No, son pobres!

—¡El *Work-house*!—repitió Genoveva.

La joven vacilaba. Hubiera preferido permanecer allí, en aquella obscuridad. Pero un animalejo que pasó rápidamente rozando sus pies, la hizo lanzar un grito de espanto.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó.

El pobre Patrick respondió como Hamlet, sin haber leído á Shakespeare:

—¡Una rata!

—¿Una rata?

Genoveva sintió entonces escalofríos de miedo. ¡Una rata! Le pareció que las patas heladas del repugnante animal se posaban sobre sus manos, y que algo de peludo y asqueroso rozaba su semblante.

¡Una rata! La causaban un horror instintivo.

—Marchemos, Patrick. ¡Llebadme donde queráis! Al *Work-house*, si no hay otro sitio.

Se hubiera mostrado dulce y resignada respecto del más cruel de los dolores: la agonía. En cambio, sintió un miedo atroz, y huyó acosada por la repugnancia que le causó.... *una rata*.

X.

El *Work-house*.

Casi arrastrada por Patrick, Genoveva se dejó guiar, sin hacer objeción ni resistencia alguna, y el irlandés, no conociendo mejor refugio que uno de esos edificios donde cada parroquia aloja y abriga á sus pobres, llamado el *Work-house* (*casa de trabajo*), la condujo á él, diciéndola durante el camino que aquel lugar era el asilo benéfico de todo el que tuviera necesidad de pan y abrigo.

—Cuando llegue el día (dijo Patrick á Genoveva), os procuraré un asilo mejor, pero no puedo permitir que hasta entonces permanezcáis al descubierto, bajo la influencia de la niebla y el frío.

Accesos de tos prolongada y seca invadían con frecuencia á la pobre niña, haciendo estremecer á Patrick.

Marcharon costeano los altos muros sin ventanas, de aspecto tan siniestro como los de una prisión, que constituyen las construcciones antiguas que se ven en Londres, y que dan idea de una civilización gigante, en que se admiran á la vez las dificultades y los triunfos de la criatura humana.

Genoveva marchaba temblorosa y con paso va-